

SI MEXICO NO FUESE UN PAIS MINERO,

SERIA UNA SEGUNDA PATAGONIA.

¡Gracias á Dios que ha pasado la tremolina!

¡Creí que los economistas no iban á dejar hueso sano á los mineros con motivo de la baja de la plata! ¡Hasta llegué á temer seriamente que los metieran en la cárcel, cuando aquellos escritores pedían á grito pelado al Gobierno que no les dejara trabajar las minas!

¡Pobrecitos! Ellos que siempre traen el alma bien puesta, la tenían ahora en un hilo con motivo de las terribles amenazas de los escritores fatídicos. Pero lo que más miedo me daba (porque no puedo negar, no negaré nunca que les tengo cariño á los mineros) era que el Gobierno, atendiendo á las exhortaciones de la prensa, echase leva de mineros para mandarlos á las costas á sembrar café, piñas, naranjas y plátanos, á fin de hacer feliz *de veras* á la República.

¿Qué habrían hecho los pobres mineros en aquellos médanos extensos é insalubres (á lo menos para ellos), comiendo frijoles y plátanos ó papas, pinchados frecuentemente por el jején, la nigua ó la garrapata y respirando un ambiente húmedo y deletéreo? Siquiera en las serranías donde habitan, como en Zacatecas, Guanajuato, Pachuca y Catorce no les sangran los bichos, comen y beben cuanto se les antoja y cuando salen de las minas respiran con delicia el aire delgado y puro de la montaña.

Cuando yo ví la cosa tan seria, porque todos los periódicos de la Metrópoli fulminaban anatemas furibundos contra los mineros, porque estaban sacando cuarenta millones de pesos de plata de las minas anualmente, quise suplicar de rodillas al Gobierno que, en caso de que los mandase en cuerda á las costas, preparase grandes necrópolis para recibirlos, porque tienen tanto miedo á los animales que se les figura que aun después de muertos les han de temblar las carnes en presencia de los bichos; pero afortunadamente el Gobierno ha puesto orejas de mercader á los consejos de los monometalistas y los mineros van recobrando poco á poco la calma que habían perdido. Hasta los de Pachuca, que fueron los que más se preocuparon con esta batahola de la prensa, pues llegaron á formar juntas y tomar resoluciones, han recobrado sus antiguos bríos y siguen dale que dale horadando cerros que es un contento, con las barrenas de aire comprimido. Y no les importa morir asfixiados por el óxido de carbono ó por el gas ácido sulfídrico, que suelen surgir de improviso en las minas, ó aplastados por una panza ó chorrera; pero sí les espeluzna coger una paludiana que les ponga pálidos, entecos y demacrados mucho antes de su muerte: en suma, prefieren morir vestidos, aunque sea de una puñalada ó un tiro, como murió el célebre é intrépido insurgente *pípila*, barretero guanajuatense.

Y no se crea, por lo que llevo dicho, que entiendo que ha pasado ya la crisis promovida por la baja de la plata; lo que yo creo es que pasó esa algarabía de la prensa con la que hizo una guerra abierta al gremio minero, como si fuese una verdadera calamidad para el país, siendo así que ha sido siempre y es aún la base más firme de la riqueza pública; y la prueba mejor de lo que digo es que aun los países que no son mineros han sufrido tanto ó más que el nuestro con este desorden monetario universal.

¡Dios perdone á los escritores platicidas el mal que han hecho á la industria minera y por ende al país con sus fatales

predicciones! ¡En poco ha estado que los mineros aborrecieran los huevos por causa de esos escritores!

Fué tan rudo el ataque de la prensa á los mineros, al principio de esta crisis lamentable, que hasta yo me sentía medroso al defender á la minería, no obstante la confianza y la fe inquebrantable que he tenido siempre en la justicia de esta causa; pero hoy ha cambiado la situación y los mineros no son ya el blanco de ataques injustos y apasionados como lo fueron antes, lo cual prueba que no se ha inventado en vano el refrán que dice *aunque malicia oscurezca verdad, no la puede apagar.*

Los hombres entendidos y empapados en los negocios han dicho siempre que esta cuestión del metal blanco es compleja; y de veras que lo dicen con razón, porque bajo la simple apariencia de una cuestión económica entraña otras muy importantes, en virtud de que tiene íntimo enlace con la legislación monetaria universal y se liga estrechamente con la diplomacia. Esta ha sido la causa de que aun los economistas más expertos se hayan equivocado en sus pronósticos sobre la plata, especialmente en lo que se refiere á su desmonetización.

Conociendo estos hechos es natural que cause extrañeza la irrupción de escritores economistas que han empuñado la péñola con desparpajo y arrogancia, para lanzar á la publicidad sus lucubraciones. Verdad es que en la mayoría de los casos esta literatura no es más que el eco de la monometalista europea, supuesto que bastaba que un economista londinense dijese: *muy pronto la plata no valdrá más que el cobre*, para que los economistas locales repitiesen en coro la mismá frase, quedando muy complacidos y satisfechos de su trabajo, sin advertir que es un desatino garrafal esta predicción, porque los criaderos de cobre son mucho más abundantes que los de plata; y porque este metal es mucho más apreciable que aquel para los usos industriales, artísticos y científicos.

Quando todos estos escritores nacionales, hasta los más atra-

sados, descargaban sus iras sobre los mineros porque los habían hecho tan infelices con la abundante producción del metal blanco y se deshacían en elogios á los agricultores hasta llegar á decir: *dediquémonos á la agricultura que será nuestra salvación, y abandonemos las minas que han sido nuestra desgracia*, comenzaron á aparecer algunos abogados de la industria agrícola ofreciendo el oro y el moro á los campesinos que quisieran ir á las costas á sembrar cocos, café y plátanos; y hasta surgió de entre ellos uno con achaques de economista, pues sus proclamas están llenas de guarismos para demostrar que pronto se hace uno millonario con la agricultura; pero los campesinos, á pesar de estas pomposas promesas, se quedan con su pobreza diciendo para sus adentros: *goza de tu poco, mientras busca más el loco.* Y en verdad que hacen muy bien; primero, porque han conocido que no merecen confianza alguna esas cuentas alegres; y después, porque ¿quién les garantiza que siempre venderán á buenos precios los cocos, el café, las naranjas y los plátanos? ¿No podría suceder más adelante que estos artículos sufriesen una depreciación considerable? ¿Qué harían entonces los campesinos? liarlas presto, antes de que los economistas les hicieran el blanco de sus ataques y acusaciones formidables. Por fortuna para la libertad industrial y para la riqueza y prosperidad del país, los platicidas están muy desprestigiados y todo el mundo los oye como quien oye llover; así es que tanto los agricultores como los mineros seguirán impertérritos sus trabajos procurando el aumento de la producción nacional por cuantos medios estén á su alcance.

Ya que tantos escritores economistas se dan ahora aire de profetas, anunciando, con la mayor valentía, la ruina completa, la muerte inevitable de la industria minera, no vendrá mal que dé yo á la estampa una conversación que tuve en días pasados con un ilustrado amigo mío, con motivo de la baja de la plata.

—¿Cree vd., le pregunté, que México podrá dejar de ser minero?

—El día que México no fuese un país minero sería una segunda Patagonia.

—¿Cómo puede ser eso, si tenemos tierras feraces y variedad de climas para hacer de la República uno de los países agricultores más ricos del mundo?

—¿Pues qué, la Patagonia no tiene también todo eso? Situada al Sur de las Repúblicas de Chile y Argentina tiene al Oriente y al Poniente los dos Océanos Atlántico y Grande, al Norte el Río Negro y por el Sur el estrecho de Magallanes.

—Pero es un país montuoso, muy frío, cubierto de bosques seculares, cortado por inmensos lagos y con nieves eternas en sus mantañas.

—Perfectamente: hasta en eso se parece á México; recuerde vd. el Popocatepetl, el Ixtlacihuatl y el Cofre de Perote; y fijese en los lagos que circundan á esta Capital, en el de Cuitzeo, el de Chapala, etc., y dígame si puede haber más semejanza natural entre dos países.

—Pero la Patagonia está lejos de los centros de consumo de Europa.

—No lo está tanto, supuesto que la circunda en gran parte el Océano Atlántico, y ya sabe vd. que los transportes marítimos son los más económicos.

—Mas su población.....

—Su población se compone de tres razas: los Araucanos, los Puelchos y los Patagones, siendo éstos una raza privilegiada por sus aptitudes guerreras y su habilidad para la caza y la pesca, con una estatura de seis á siete pies. ¡Calcule vd. las ventajas que puede sacar esta gente dedicada á la agricultura!

—Pero allá no cultivan el café, los cocos, las naranjas y los plátanos.

—Si no cultivan el café y otras plantas productivas, no será por falta de tierras fértiles, capaces de producir una vegeción exuberante; pues basta saber que la Patagonia está bañada en sus extensas costas por los Océanos Grande y Atlántico para creer que es susceptible de un desarrollo agrícola colosal. Y para que no se ponga en duda esta hipótesis, recuerde vd. el pomposo y florido informe que de este país rindió á su soberano el intrépido conquistador Magallanes, cuando lo descubrió en 1519, casi al mismo tiempo que descubría Hernán Cortés la Nueva España. Tanto el Comodoro Byron que visitó aquel país en 1764, como el Capitán Wallis que lo hizo en 1766, han quedado prendados de la fertilidad y hermosura de aquellas regiones. ¿Está vd. convencido de que tengo razón?

—No puedo estarlo, no lo estaré nunca, porque la civilización es el factor más importante en el movimiento industrial y mercantil de los pueblos; y no están los patagones sobre este punto al mismo nivel que nosotros.

—Pues amigo mío, podrá ser así; pero el símil es exacto: es preciso tomar *las duras con las maduras*. Los países son como los ha hecho la naturaleza, cuyas leyes radicales no se puede quebrantar impunemente, *la verdad adelgaza, pero no quiebra*; por esto es que debemos aceptarla con todas sus consecuencias. Sólo la antigua Grecia tuvo el admirable privilegio de hacer de un puñado de rocas estériles el país más rico del mundo entonces conocido; pues reunió en abundancia el oro, la plata, los maravillosos mármoles que inmortalizaron á sus inimitables artistas, las armas, las telas y las joyas más ricas de aquella época de apogeo y de grandeza; pero esto no es un misterio, porque todos sabemos que aquella gloriosa República era un semillero de héroes, por el talento, la ilustración y el indomable valor de sus hijos, que se hicieron señores del mundo con sus célebres conquistas. Mas pasaron ya las conquistas para no volver; así es que hoy cada país de-

be conformarse con lo que tiene explotándolo con juicio y talento para sacar todo el partido posible del comercio universal.

Se despidió mi amigo al decir esto dejándome sumido en las más tristes reflexiones.

EL DIA QUE MEXICO DEJE DE SER MINERO,

SERA EL PAIS MAS POBRE DEL UNIVERSO.

¡Qué bien dice este refrán: *no hay mayor mal, que el descontento de cada cual!* ¡Con razón se llama á los refranes evangelios chiquitos!

Esta baja de la plata, que nos tiene á todos desazonados y mohinos, está produciendo verdaderas maravillas entre los escritores públicos, porque hasta aquellos más pacíficos y mansos se enfurruñan ahora contra los mineros y les endilgan tremendas filípicas, porque han sacado y siguen sacando mucha plata de las minas.

Si álguien escribe un artículo encomiando los beneficios que produce al país la industria fabril, concluye diciendo, que si no ha alcanzado la prosperidad á que aspira es por culpa de la minería que distrae de aquella los brazos más útiles.

Si sale á luz un opúsculo prodigando elogios á la agricultura, termida (si no es que también principia) diciendo, que tal trabajo tiene el loable objeto de destruir añejas preocupaciones sobre la importancia de la industria minera.

¡Quién al ver tales desvaríos en hombres ilustrados no trae á las mientes aquella ocurrencia del campesino, que al entrar á la capilla del templo de Santa Teresa, dijo á su compadre que le acompañaba: "Ahora que veo el Santo Cristo me acordé de mis pistolas?"

No parece sino que los escritores mexicanos ven en todas partes á los mineros, como si dijéramos al Cristo; pues la mi-